

Sor Juana Inés de la Cruz. *Enigmas de La Casa del Placer*

María Milagros Rivera Garretas (ed.)

Madrid, Sabina editorial, 2018, 104 pp. ISBN: 978-84-947033-9-3

Sor Juana Inés de la Cruz ideó el arco de triunfo, se encargó de explicarlo y también de la representación de su “Neptuno alegórico” en las fiestas de bienvenida a María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga y a Tomás Antonio de la Cerda y Aragón, virreyes. Hoy diríamos que fue la comisaria de todo aquel acontecimiento que se celebró en el virreinato con miras políticas, pero también didácticas: transmitió al virrey, con la figura de Neptuno, mensajes como el de la prudencia para un buen gobierno.

Era treinta de noviembre de 1680 y tal vez allí, ante la puerta occidental de la catedral, sor Juana Inés de la Cruz vivió ya y deseó, en un instante, todos los años de amor que compartiría con María Luisa. Dos años más tarde, el treinta de diciembre de 1682 la condesa, en una carta que escribió a su prima, decía de Sor Juana: “pues otra cosa de gusto que la visita de una monja que ai en san jerónimo que es rara mujer no la ai” (4). Cuando terminó la misión diplomática y la condesa regresó a España publicó el primer volumen de las obras completas de sor Juana e incluyó en él “Inundación castálida”: los poemas de amor y de amistad que la escritora había dedicado a la condesa.

Entre el encargo que sor Juana Inés recibió de la catedral para pensar, escribir y dirigir el arco de triunfo de bienvenida a los virreyes, y la publicación de sus obras completas en España años más tarde, bajo la intención y la diligencia de María Luisa, transcurrió fundamentalmente el amor.

De sor Juana Inés de la Cruz ha habido noticia —dentro de la historia que escriben los hombres— cuando ha sido útil su mención a los fines de la política del poder: el siglo XVII fue el siglo de la consolidación del poder criollo sosteniendo el orden colonial, el tiempo de la construcción textual y administrativa de la legitimidad criolla, de la búsqueda de partidas de nacimiento, de la compraventa de cargos públicos, fue el tiempo en que los clérigos se afanaban en mandar a Roma vidas de hombres y también de mujeres criollas para que cupieran en los cánones

de la santidad europea: por eso Santa Rosa y San Martín. La sabiduría, los extensos conocimientos y la fineza de sor Juana Inés de la Cruz habían trascendido a su familia y también a las comunidades religiosas en las que vivió, y como a otras mujeres a las que las gentes escuchaban y creían, la élite gobernante del virreinato la reconoció como emisaria del mensaje de la grandeza criolla ante el Viejo Mundo.

Gustaba más su relevancia en escenarios políticos en los que el poder local recibía a los delegados de la monarquía —esos que habían de reconocer y cuidar la autoridad criolla— que las cartas y respuestas que escribiría de contenido teológico y con las que ponía en entredicho a los mismos obispos. Por eso sor Juana Inés de la Cruz fue olvidada por escritores e historiadores hombres tras su muerte.

Sucedió con ella y con otras mujeres que, en las colonias americanas, desde espacios de vida recogida y religiosa, y con sus prácticas, modos de sentir y modos de vivir, desordenaron el orden colonial, por eso la historia escrita en masculino las desconoce: leyeron, escribieron, encarnaron ellas a dios en sus cuerpos, vieron al poder colonial rindiendo cuentas al dios del purgatorio y del infierno en sus visiones y, sobre todo, se quisieron. Se quisieron entre blancas, negras, mulatas, mestizas y criollas: regalándose libertades y a veces, también, los apellidos.

Que fuera sor Juana Inés una de las personas más relevantes en la recepción de los nuevos virreyes en 1680 refleja la compleja relación entre criollos y españoles —una criolla recibiendo y diciendo al virrey, venido del Viejo Mundo, cómo gobernar— y refleja, también, la compleja relación entre la libertad de las mujeres y los mandatos que recaían sobre ellas para que mantuvieran un orden colonial que las pensaba guardando el honor masculino, sosteniendo relaciones jerárquicas entre distintos colores de piel dentro de las casas de recogidas y de los monasterios, y sin trascender al mundo cultural de la época.

Fue un modo de amor, sin duda, que María Luisa Manrique publicara las obras de sor Juana y que fuera ella quien diera a conocer sus versos a otras religiosas en Europa. Entre el silenciar a sor Juana de los historiadores y escritores hombres y el gesto de María Luisa, está nuevamente el amor.

Desde Nuevo México, entonces, sor Juana Inés escribió y envió los “Enigmas ofrecidos a la discreta inteligencia de la soberana Asamblea de la casa del placer por su más rendida y fiel admiradora, sor Juana Inés de la Cruz, décima Musa”, que fueron editados de manera privada en Lisboa en el año 1695 por la condesa de Paredes y su prima, la duquesa de Aveiro María de Guadalupe de Lancaster y Cárdenas Manrique. Hoy los han vuelto a publicar las mujeres de la Editorial Sabina en una edición de María Milagros Rivera Garretas. El libro contiene los veinte enigmas; la “Dedicatoria”, que es un diálogo amoroso en forma de romance con la condesa de Paredes; el “Prólogo al Lector”; y el “Índice de los sacrificios que

ilustraren la ceguera de los Enigmas”. A la dedicatoria de sor Juana respondió así la condesa:

“Amiga, Este Libro tuyo
es tan hijo de tu ingenio
que correspondió, Leído,
a la esperanza el afecto”

Entre nosotras y los “Enigmas” que sor Juana escribió hace más de trescientos años está la mediación de María Milagros Rivera Garretas, historiadora que nos devuelve a mujeres que vivieron hace siglos, en distintos lugares del mundo, de cuya escritura se enamora y nos recuerda o descubre. Entre el amor de la condesa publicando las obras de sor Juana para que más personas la leyeran, y el ir tejiendo de María Milagros Rivera Garretas historias de mujeres para que podamos leerlas hoy, hay hilos de más amor.

PATRÍCIA-VICTÒRIA MARTÍNEZ I ÀLVAREZ
pvmartinez@ub.edu
Universitat de Barcelona

D.O.I.: 10.1344/Lectora2019.25.32

